

Viajando con djinns

ALFAGUARA



Jamal Mahjoub

Viajando con djinns

Traducción de María Fernández Soto

ALFAGUARA



Título original: Travelling with Djinns

© 2002, Jamal Mahjoub

© De la traducción: María Fernández Soto

© De esta edición:

2004, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ISBN: 84-204-6719-7

Depósito legal: M. 34.756-2004

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

© Cubierta:

Ben Hassett

Impreso en el mes de octubre de 2004
en los Talleres Gráficos de Anzos, S. L.,
Fuenlabrada, Madrid (España)

Queda prohibida, salvo excepción prevista
en la ley, cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública y transformación
de esta obra sin contar con autorización de
los titulares de propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad
intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Viajando con djinns

Prólogo

Una minúscula esfera blanca que ascendía por los aires, dibujando un arco.

A mi padre le golpeó una pelota de golf en la cabeza cuando tenía nueve años. Fue mi abuela Haboba quien me lo contó. Yo no había nacido en aquella época.

Me imagino la escena de la siguiente manera: veo a todo el mundo inclinando el cuello para mirar hacia arriba. Veo a mi padre, con la barbilla apoyada en la mano y el codo descansando sobre la voluminosa bolsa de cuero que reposa junto a él. Era el encargado de acarrear los palos de los *khawaja*, los caballeros ingleses. El caddy nativo. Se cubre los ojos con el dorso de la mano mientras la pelota se desvanece frente a la amplia y pálida aureola del sol. Al principio, supongo que la idea de que aquella pelota pueda perderse en las alturas, libre, muy lejos de la tierra, le fascina. Mi padre era, por encima de todo, un soñador. Solía sentarse en clase marcando el ritmo con los pies y tarareando «Brilla, brilla estrellita, me pregunto dónde estás», hasta que el profesor de inglés le daba una colleja y le gritaba: «¡Despierta, pequeño rinoceronte!». Esta anécdota del rinoceronte me la contó mi madre. Todas las historias que han significado algo a lo largo de mi vida me las han contado las mujeres.

Me pregunto qué representaba esa pelota para él en aquel momento. ¿Su alma planeando en las alturas celestes o una señal que daría sentido a su vida, un mensaje que le traía un ángel enviado para susurrarle encantamientos y conjuros místicos al oído? Fuera lo que fuera, el durísimo globo de porcelana cayó desde el cielo sin nubes y le golpeó de lleno en medio de los ojos. Mi padre se desplomó en el suelo sin proferir ni un gemido.

Para todo existe un principio, un punto de partida, una línea de salida, un momento de transición en el que la vieja historia se desvanece y la nueva comienza. Así es como suelen ocurrir las cosas. Crees que sabes lo que va a suceder y de repente todo se desbarata. Yo estoy convencido de que esa pelota de golf marcó el inicio de la curiosa trayectoria de mi familia, la que me ha conducido hasta donde me encuentro hoy en día. En cierto modo, fue nuestro destino conjunto, como familia, lo que quedó descalabrado aquella mañana. Desde entonces, no hemos dejado de dar tumbos.

Haboba me contó más tarde que mi padre había estado inconsciente durante una semana y que ella había permanecido junto a su cabecera día y noche en el hospital militar inglés de Jartum, al que le habían trasladado como correspondía a alguien que había caído en el ejercicio de su deber, asistiendo como caddie a dos oficiales de la Real Fuerza Aérea británica. Todos pensaban que nunca se despertaría, que permanecería tal cual, sin más, hasta que su corazón dejara de latir. Acudieron los vecinos, que se pasaban todo el día meciéndose hacia atrás y hacia delante, cubriéndose la boca con un pañuelo perfumado y abanicándose el cuello con los dedos, anticipándose con sus lamentaciones a los rituales del duelo que no iba a tardar en llegar. Pasaron tres días sin que hubiera ningún cambio; no estaba ni vivo ni muerto, sino suspendido de alguna manera entre este mundo y el otro. Los futuros plañideros sacudían la cabeza consternados. Que una agonía se alargara tanto... ¿Cómo podía una mujer tener tan mala suerte? Su única criatura, el único hijo de su marido, un pobre hombre cuyo corazón se había detenido cuando estaba en un sitio llamado Musmar —un lugar que ninguno había visto y del que nadie había oído hablar antes—, trabajando para el Departamento de Ferrocarriles y Barcos de Vapor. Otra compañía dirigida por ingleses, murmuraban los más radicales.

Pasaron otros tres días sin ningún cambio. Haboba parecía estar acostumbrada a la amplia variedad de desgracias que ofrece la vida y había aprendido a resignarse con lo que ésta le arrojara. Decía que estaba completamente segura de que mi padre no iba a morir. Podía despertarse convertido en un completo idiota o no despertarse nunca, pero no iba a morir. Lo sabía. «En nuestra familia», sonreía con calidez, recordando aquellos momentos tan lejanos, «tenemos la cabeza dura como una piedra. Lo que tenemos blando es el corazón».

Solía sentarme junto a ella y escucharla hablar de esa manera suya, lenta y deliberada, que te decía suave pero firmemente que las prisas no llevan a ningún sitio, que hay que dejar que las cosas se tomen su tiempo. Por las noches, los dos cargábamos con nuestros colchones hasta el *hosh* y los colocábamos sobre la rugosa trama de fibra de palma de nuestras viejas y ruidosas camas. Ella se tumbaba de lado con las piernas encogidas debajo del cuerpo y la cabeza apoyada en la palma de la mano. Yo me acostaba frente a ella y escuchaba, fascinado. No podía ver su cara, sólo oía el sonido de su voz que brotaba de la oscuridad. Algunas noches hablaba sólo para mí, otras veces había más gente en el patio: la casa estaba siempre llena de personas que iban y venían. Tías y primas que se instalaban allí durante una temporada y luego se iban a otro sitio o algún vecino que se dejaba caer casualmente.

Era una casa de mujeres. Todos los hombres habían partido hacía tiempo en busca de otras mujeres u otros paisajes, o se habían marchado al extranjero a trabajar y no se había vuelto a saber de ellos. También morían con una regularidad tan alarmante que no dejó de repetirme que debería hacerme chequeos médicos periódicos. Los hombres se desvanecían. Sólo permanecían como puntos de referencia de la narración en curso que era la vida de aquellas mujeres, escondidos entre los cuidadosos pliegues de un velo nupcial guardado en una maleta maltrecha desde hacía varias décadas, o en las fotografías en blanco y negro que alguien había colocado en la vitrina del aparador en el que se guardaban los platos y los vasos buenos, los

que no utilizábamos nunca; en una esquina estaba sujeta una foto de pasaporte, arrugada y doblada, de un joven que me habían dicho que era mi tío o mi primo segundo. En otra estaba la fotografía de un hombre que sabía que era mi abuelo y al que nunca había visto en persona pero en cuyos rasgos podía distinguir las huellas borrosas de los de mi padre, incluido el bigote; flaco, moreno y esbelto, con una camisa blanca y unos pantalones anchos que parecían haber sido planchados justo antes de que le tomaran la foto, de pie frente a un fondo de estudio en el que se veían un río y una luna. Allí estaba, inmortalizado, acumulando polvo entre los platos soperos y las tazas de té pintadas. Esto es lo que les ocurre a los hombres, pensaba yo, terminan dentro de una alacena acumulando polvo.

Las conversaciones nocturnas de las mujeres que me rodeaban y que repasaban animadamente los detalles de sus vidas llenas de preocupaciones se entrecruzaban en el *hosh*, bajo un cielo cuajado de estrellas que no dejaban de parpadear con asombro y que rodeaban nuestro teatro como espectadoras minúsculas.

Muchas veces, mientras mis ojos luchaban contra el sueño, tenía la extraña sensación de que estaba cayendo en una vasta red; una malla compleja tejida con un número infinito de historias. No tenía ni idea de cuántas eran, ni de cuáles eran verdaderas y cuáles inventadas, cuáles habían sido transmitidas a través de generaciones y cuáles habían sido recogidas en el mercado esa misma mañana, junto con una brazada de berenjenas y pepinos. El tiempo parecía confundirse en ese preciso momento y todo parecía de repente terriblemente viejo y nuevo a la vez. No puedo ni imaginarme ahora de qué trataban todas aquellas historias, pero sí recuerdo de manera vívida mi absoluta convicción de que sólo a mí me correspondía descubrirlas. También sabía que por mucho tiempo que viviera nunca podría aprendérmelas todas, aunque, por algún motivo, eso no importaba.

En cuanto a mi padre, bueno, la verdad es que no sufrió ningún daño irreversible, por lo menos ninguno que pu-

diera apreciarse a simple vista, pero desde ese día, según Haboba, uno podía esperarse cualquier cosa de él. Algo en su interior se había trastocado y había sido desalojado para siempre de su órbita correspondiente. ¿Cómo explicar, si no, todo lo que ocurrió en su vida, y de hecho, en todas nuestras vidas?

A veces envidio a todas esas personas que saben con certeza a qué lugar pertenecen; a los escritores a quienes les han sido concedidos un idioma y una historia sin trampas ni anzuelos. Gratuitamente. Junto con una nación de cómplices bien dispuestos, compatriotas que ven su propio destino, el de la historia de su nación y el de su tradición literaria reflejado en el espejo que es el trabajo del escritor. Sin cabos sueltos. Obviamente, yo no disfruto de un privilegio semejante. Yo pertenezco a esa tribu nómada, a los marginados, a ese pueblo nacido entre las uniones de las placas continentales, en los intersticios entre las zonas horarias que nadie reclama, ensartado entre latitudes. Una tribu sin residencia fija, sin hogar, sin estado. Tengo dos pasaportes y una amplia variedad de documentos que permiten identificarme y que le cuentan al mundo dónde he estado, pero no quién soy ni adónde voy. Mi idioma es una lengua bastarda hija de la necesidad, la improvisación, la mala gramática y los continuos malentendidos. Soy un extraño vaya donde vaya. Mi historia no me la ha regalado nadie: he tenido que apropiármela, reclamarla pedazo a pedazo, arrancársela a los pilares de los siglos y a los estantes de erudición marmórea. Mis débiles palabras contrastan con esos pesados tomos encuadernados en cuero y escritos con sangre. Mi nación es una lista azarosa de puntos del mapa por los que he pasado y sobre los que no tengo ningún derecho. Algunos pueden pensar que he sido asimilado, pero se equivocan. Otros dirán que estoy alienado y que a estas alturas debería estar mejor integrado, pero tampoco es ésa la cuestión. Las cosas son como son y no quiero dar una imagen falsa, no estoy mendigando simpatía. Lo que ocurre es que nunca antes había sido capaz de encontrarle a todo esto un significado, nunca antes había tenido que hacerlo. Siempre quedaba tiempo, más tarde,

más adelante, a la vuelta de la siguiente esquina. Así es como pasamos por la vida la mayoría de nosotros, hasta que llega algo que lo cambia todo. Y en mi caso no fue tanto un algo como un alguien.

1.

Se llama Leo. Fue su madre quien escogió el nombre, no yo. El nombre que yo propuse fue acogido con sonrisas nerviosas, ceños fruncidos y otras señales de torpe incomprensión por parte de amigos y parientes, que como era de esperar supusieron que ésa era mi manera de marcar mi territorio y de fastidiarles la fiesta. No me parecía un nombre difícil, y sin embargo lo apartaron lenta pero firmemente y lo relegaron a Segunda División con un consenso mudo y generalizado. Y claro, poco a poco, se acostumbró a que le llamaran Leo; su madre inglesa, sus abuelos maternos, sus compañeros de clase y sus maestros, todos le llamaban Leo. Me mantuve firme, cabezonzamente, y seguí llamándole Hamdi, hasta que poco a poco me rendí a la evidencia: no sólo estaba quedando como un tonto, sino que le hacía sufrir y sentirse incómodo. «Hamdi Damdi se ha caído del muro. Hamdi Damdi, qué golpe más duro.» Se convirtió en Leo. Fue así de simple, y no hubo mucho que pudiera hacer al respecto. Los nombres tienen voluntad propia y éste ya se ha adherido a su creciente conciencia de sí mismo. A los siete años, mi hijo ya se ha embarcado en la inevitable (e imposible) empresa de crear una persona completa a partir de la imagen que ve cuando se contempla en el espejo. A veces le sorprende en el cuarto de baño, llenándolo todo de agua mientras intenta peinarse con la raya a un lado, como todo buen escolar inglés. La personita que ve en ese reflejo es un ser humano completo y el nombre de esa persona es Leo. Pero en cuanto el agua empieza a secarse sus ricitos saltan como muelles, arruinando totalmente su imagen.

Él es la verdadera razón de este viaje, de este vuelo, esta hégira, o lo que sea. Quiero que se dé cuenta de que él no

es sólo Leo, sino algo más, aunque no tengo ni idea de cómo voy a conseguirlo. La verdad es que no he planeado esto con el cuidado con el que debería haberlo hecho. No he utilizado la lógica. Simplemente ha ocurrido. ¿Qué se le puede prometer a un niño, al fin y al cabo, excepto que siempre estarás ahí, que siempre podrá confiar en ti, que serás la vela que le ayudará a navegar a través de la vida? Pero todo se ha derrumbado y ya no estoy seguro de poder mantener esa promesa. El hecho de que tuviera dos nombres era ya una señal de alerta, un aviso del desastre que nos aguardaba. Cuando dos padres primerizos no pueden ponerse de acuerdo en el nombre que le van a poner a su primogénito hay muchas probabilidades de que eso sea una pista, una indicación de que existen otras incompatibilidades acechando bajo la plácida superficie de la felicidad familiar.

Así que sigo conduciendo por instinto nada más. Ni siquiera tengo un destino claro en mente. A veces, la vasta y ondulante sábana del tiempo se desplaza de golpe y mundos enteros desaparecen sin previo aviso. Estoy en el medio de una gran divisoria, de una línea que corta la tierra como un arado, un elemento tectónico, una fisura profunda con poder para sacudir continentes, alterar siglos de orden y arrancar de raíz naciones enteras. Me da la impresión de que estoy cruzando esa línea sin estar muy seguro de por qué lo hago. Tengo treinta y siete años. Estoy en la mitad de mi vida. A partir de aquí, según dicen, todo es cuesta abajo.

Estamos atravesando Alemania en coche, rumbo al sur. A últimos de agosto las tardes ya han empezado a ser más cortas, aunque puede que esto tenga también algo que ver con que vamos hacia el sur, con el cambio de latitud. Las sombras alargadas que crecen entre los árboles transmiten una sensación de urgencia, y entre las isletas de pinos que corren junto a nosotros, semejantes a un archipiélago inexplorado, fluyen brillantes lagunas de verde césped.

El coche es francés, un Peugeot 504 azul metalizado de 1973, más o menos. Toda una máquina rugidora, un deprecador glotón con un apetito insaciable de gasolina. Es un coche con historia. Lo montó un mecánico aficionado, uno de esos fanáticos inofensivos cuya idea de la felicidad consiste en pasarse las tardes del sábado en un garaje escuchando en la radio algún programa de Éxitos Dorados mientras pulen artilugios mecánicos con un trapo aceitoso. Pasó dos años montando este coche. «Se tiró siglos ahí aparcado, debajo de una funda antes de que se pusiera con él», me dijo su mujer, una criatura inmutable con ojos tan fijos como los de una muñeca y tan incoloros como el vaho. No se movía cuando hablaba. La mayoría de la gente se mueve. Pero ella no hacía gestos con las manos, ni con la cabeza, no tenía tics nerviosos, ni esbozaba sonrisa alguna. Su inmovilidad era desconcertante. Tenías que mirar dos veces para asegurarte de que realmente estaba allí. Ella también tenía una historia interesante. El mecánico terminó de montar el coche y luego la dejó. Largó amarras rumbo al continente y cruzó el canal en un ferry junto a una mujer que se había aburrido de apilar novelas románticas en la librería local. Huyeron en un Opel Astra, y ese detalle confirmó que no sólo había dejado atrás a su fiel esposa sino también la cabeza. Ella se deshizo de todo lo que pudiera recordarle su existencia y tiró su ropa. Se la entregó a una organización religiosa y a Oxfam. «Es curioso pensar que al dejarme ha contribuido a aliviar en cierta medida el sufrimiento en el mundo», sonreía cáusticamente la mujer al contármelo. Estaba vendiendo los cinco coches que su marido había dejado, en distintos estadios del proceso de reparación, para pagarse unas vacaciones. «Después de doce años de matrimonio me merezco un descanso, ¿no?» Miré debajo del chasis como si supiera lo que hacía e intenté que me rebajara cien libras. Conseguí un descuento de cincuenta.

El maletero del 504 tiene una especie de chepa aplanada y el morro mira un poco hacia abajo, lo que le da un aspecto atlético y longilíneo. Parece que está listo para atacar. Da la im-

presión de que podrías ir con él a donde fuera y la verdad es que prácticamente es así: éste es uno de los coches más resistentes del mundo. Hay algo honesto en los coches antiguos. Eso no quiere decir que puedas confiar en ellos, claro, pero hay algo tangible en su mecánica que proporciona seguridad. Si levantas el capó de un coche moderno te encuentras con algo que se parece a un juego de construcción de Lego: un montón de módulos planos de plástico encajados entre sí. Incluso te planteas si no habrás abierto el maletero por error porque parece que está todo lleno de maletas Samsonite. Para repararlo los mecánicos conectan el coche con un ordenador en el que se enciende el código digital del componente que no funciona bien. Los coches de hoy en día están diseñados para hacernos olvidar que tienen nada que ver con algo tan sucio como la combustión interna: como si no quemáramos combustibles fósiles, no arrasáramos las selvas tropicales ni contaminásemos ríos, como si no sacrificáramos miles de hectáreas de naturaleza devastada para poder viajar cómodamente. Los coches nuevos proporcionan una tracción límpida, inmaculada e inexplicable. Y es precisamente a esa ilusión de mundo perfecto a lo que me opongo. Afrontemos la realidad: estamos destruyendo el entorno, vertemos aceites contaminantes y tendremos que pagar las consecuencias. Sin embargo, una vez dicho esto, tengo que añadir que el motor del Peugeot está haciendo un ruido bastante preocupante cada vez que meto primera, así que me temo que podemos tener problemas en cualquier momento.

En esta zona del mundo, conducir este coche es como ir montado en un dinosaurio. Cuando le digo a Leo que vamos en un coche como el de los Picapiedra, la ocurrencia le parece muy divertida y se pone a hacer como si estuviera dando pedales. Pero es la verdad. La gente gira la cabeza cuando pasa junto a nosotros para mirarnos. Los niños nos señalan, se ríen a carcajadas y nos hacen burla cuando nos adelantamos. Sin embargo, aunque es cierto que este coche es una reliquia, también es un recordatorio del mundo que aún puede contemplarse con

sólo cruzar al otro lado del Mediterráneo. Es un coche tercermundista. Una reliquia de otra era. El Peugeot 504 es una leyenda en toda África y en Oriente Próximo. Es más apreciado que cualquiera de sus competidores porque es tan duro como un tanque. El único lugar del mundo donde siguen fabricándolos está en Nigeria. En los demás sitios los restauran y los reciclan hasta el infinito con un amoroso cuidado. Aquí, en medio de todas esas relucientes máquinas peso ligero, tan resistentes como el papel encerado, este coche tiene algo que atrae a cierto tipo de personas. Se acercan en las gasolineras para echarle un vistazo, como si vieran en él un símbolo de su propio pasado, como si les transmitiera una especie de sensación de continuidad; puede que les traiga recuerdos de aquel verano en el que el abuelo les sentó en sus rodillas para enseñarles a conducir. Un recordatorio de cuando los fundamentos del mundo eran estables y uno podía aferrarse a ellos, antes de que todo se volviera más ligero y más difícil de aprehender. Este coche es lo que necesito en estos momentos, algo sólido a mi alrededor, algo que me proporcione la impresión de estar en contacto con el suelo.

Cruzamos la frontera alemana justo antes del mediodía y de inmediato me dio la impresión de que la carretera y el aire se llenaban de humos y suciedad industrial. Los guardias fronterizos llevaban águilas en las guerreras. Me dijeron que me apartase a un lado y que detuviera el motor mientras comprobaban que mi nombre no estaba en la lista de sospechosos internacionales. Me pregunté si sería por el coche o por mi cara. Ya no hay fronteras en Europa pero, o aquellos guardias no habían oído hablar del tratado de Schengen, o les daba lo mismo lo que pudieran decidir esos tipos listos de Bruselas y Estrasburgo. Les expliqué que si quisiera pasar personas o drogas de contrabando lo haría en un lujoso Mercedes-Benz conducido por una pareja de blancos, pero no tenían demasiado sentido del humor. Y sin embargo, es más que obvio: ningún tra-

ficante que se precie intentaría saltarse un control, con mi pinta y conduciendo un viejo cacharro oxidado como éste.

De cualquier manera tuvimos que quedarnos sentados y esperar, mientras los *Polizei* comprobaban mis datos para ver si estaba relacionado con cualquier acto terrorista perpetrado en los últimos treinta años, con cualquier delito o falta cometida en el hemisferio occidental por alguien con un nombre parecido al mío. Qué comienzo de viaje más deprimente. Los coches rugían al pasar junto a nosotros y los setos que bordeaban la carretera estaban cubiertos por una plomiza mugre de betún y carbono. Es probable que tenga prejuicios contra los alemanes, si no ¿de dónde me venía la impresión de que iba a tener más problemas aquí que en cualquier otro sitio? Sin duda es consecuencia de todas esas películas de guerra que he visto y de las novelas de Biggles, el piloto de la RAF, que leí de pequeño. Sintíendome culpable, intenté sonreír con amabilidad cuando me restituyeron el pasaporte pero el guardia me devolvió una mirada extraña.

Estamos atravesando las tierras bajas y pantanosas del norte. Cuando los casquetes polares se derritan éste será uno de los primeros sitios del mundo en inundarse. Es una región especializada en la producción láctea y sus sucios prados están habitados por un ganado que contempla el incesante tráfico de coches que pasa frente a ellos a toda velocidad con un interés moroso.

—¿Qué crees que piensan cuando nos ven?

—Debe de ser como ver la tele.

Leo saluda a las vacas con la mano:

—¿Has visto eso? —pregunta, mientras pega un salto en el asiento y vuelve la cabeza hacia atrás.

—¿El qué? ¿El qué? —el coche se me va. No soy un buen conductor, me distraigo con demasiada facilidad.

—Una de ellas me ha saludado.

—¿Te ha saludado una vaca? ¿Cómo?

—Con el rabo, naturalmente. La he saludado con la mano y ella me ha contestado con el rabo.

—Muy bueno —respondo—. La vaca te ha contestado.

—¡Es verdad! Lo que pasa es que tú no lo has visto.

—Te creo, te creo. Mira, ahí hay una montada en una bici.

—¡Jo, Baba! —se cruza de brazos con brusquedad, ofendido.

Siempre se está imaginando cosas. No sé si es consecuencia de una imaginación hiperactiva o la señal de un trastorno más profundo, puede que una reacción al caos doméstico en el que ha tenido que vivir últimamente y que yo no estoy contribuyendo a aliviar en lo más mínimo con mi actual comportamiento.

Intento contemplar nuestro viaje a la luz de la tradición de los grandes viajes de la literatura: de la tradición romántica del camino de la vida taoísta, de los errantes monjes budistas que viajaban en busca de la iluminación, de las *Anotaciones de una bolsa de viaje* o *La estrecha vía hacia el norte profundo* de Matsuo Basho; condenados como los sufíes a vagabundear por los senderos del mundo por toda la eternidad, como Ibn Arabi en su incansable búsqueda del *kashf*, el descubrimiento. Tanto el budismo como el sufismo contienen la idea de dualidad, de la continua interacción de los opuestos: el ser y el no ser, el espíritu y el cuerpo, lo oculto y lo revelado, lo velado y lo desvelado (el *mahjoub* y el *zahir*). La idea de que nuestras vidas discurren entre dos principios opuestos me parece muy razonable en el momento en el que me encuentro.

La Segunda Guerra Mundial aún está instalada en mi mente y me acuerdo de que alguna vez alguien me dijo que la casa de Eva Braun estaba por aquí cerca. Creo que era la casa de su familia. Sé que es una granja en ruinas con las vigas de madera derrumbadas y un techo de paja hundido, pero no tengo ninguna referencia exacta. ¿Cómo se localiza con precisión un punto determinado desde una autopista? Todo tiene el mismo

aspecto. Ésa es la naturaleza de los viajes en *Autobahn*, la vida queda suspendida. Nunca sabes exactamente dónde estás en un momento dado. Tu vida está delante de ti o detrás de ti, esperando para atraparte.

—¿Quién es Eva Braun?

—Pues, era la amante de un tipo que mandaba en Alemania hace tiempo.

—¿Qué es una amante?

—Eee, pues, una especie de novia.

—Ya sé quién dices. Hitler.

En la inocencia infantil de mi hijo ya se ha abierto una brecha. Me ofende que haya ocurrido algo así sin que nadie me informe. ¿Los colegios no tienen que pedir permiso a los padres antes de exponer a los niños a unos temas tan delicados? Me pregunto cuánto sabe.

—Sé pintar su símbolo —dibuja una esvástica con el dedo sobre el polvo del salpicadero.

—¿Dónde has visto eso?

—En el colegio. Las pintan en el muro de atrás para que no pueda verlo nadie —mi hijo va a un colegio tomado por neonazis. ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo no he sabido nada antes?

—¿Conoces a los que las pintan?

—¡Vamos, papá, todo el mundo los conoce!

Es probable que éste no sea el tema más adecuado para tratar con un niño de siete años. ¿A qué edad se supone que hay que empezar a abordar los temas incómodos, como el sexo y la muerte? Lo del sexo no me preocupa mucho. Todo el mundo acaba enterándose de cómo funciona la cosa, de una manera u otra, y además el descubrimiento del sexo es imprescindible para convertirse en adulto, ¿no? Me preocupan más los aspectos oscuros de la vida. ¿Quién va a contarle que somos mortales, que no vivimos para siempre? ¿Quién va a hablarle del fracaso, del rechazo, de las cuestiones existenciales más sombrías?

—¿Cómo se murió?

—Fue una especie de pacto de suicidio, me parece —me estoy arrepintiendo de verdad de haber sacado el tema—. Creo que se pegaron un tiro.

—¡Un tiro! ¿De verdad? ¿Con una pistola? ¿Dónde, papá, dónde?

—En Berlín.

—No, quiero decir que *¿dónde?*

Me giro y me quedo mirándole, preguntándome si tengo un psicópata en ciernes sentado a mi lado, pero la verdad es que no parece más que un niño curioso:

—En la cabeza, creo —mascullo finalmente, aliviado al ver una saludable mueca de repulsión en su cara.

—Puajjjj...

Hace tiempo que hemos dejado atrás la casa. No he conseguido verla y tampoco tengo intención de volver. A lo mejor la han vendido y la han arreglado. Me dijeron que a nadie se le ocurriría vivir allí, pero puede que las cosas hayan cambiado. A lo mejor se ha convertido en un lugar de peregrinaje o algo así.

—¿Qué te parece si comemos algo? —sugiero.

Leo pone cara de asco:

—No querrás que coma nada después de la historia que me has contado, ¿no?